

# Colibrí, tristeza, jengibre y cobertizos

*Hay libros que permanecen olvidados en las estanterías. Suelen ser obras que gozaron de un tiempo glorioso y que su título hoy dice poco o nada al joven lector. Más que un ejercicio nostálgico o arqueológico, recuperarlas es un sentido y justo agradecimiento a esas primeras lecturas.*

**Françoise Sagan**  
**Buenos días, tristeza**  
 Barcelona: Tusquets, 1996

Llega en una carta, con sobre plateado y el sello de un pajarito. Mis hijos la traen. Yo nunca abro el buzón, me agobia el “kepel”.

Están impacientes, no solemos recibir correspondencia escrita a mano, sin remite y sin logotipos.

–Es “Colibrí” –les comento– y sé quién lo envía.

Entusiasmo al encontrar esta palabra escrita dentro del sobre, en una hoja de árbol.

–¿Cómo lo sabes? –repiten alborotados.

–Porque soy maga.

Se ríen.

En el ordenador, leo un correo que he recibido hace una semana:

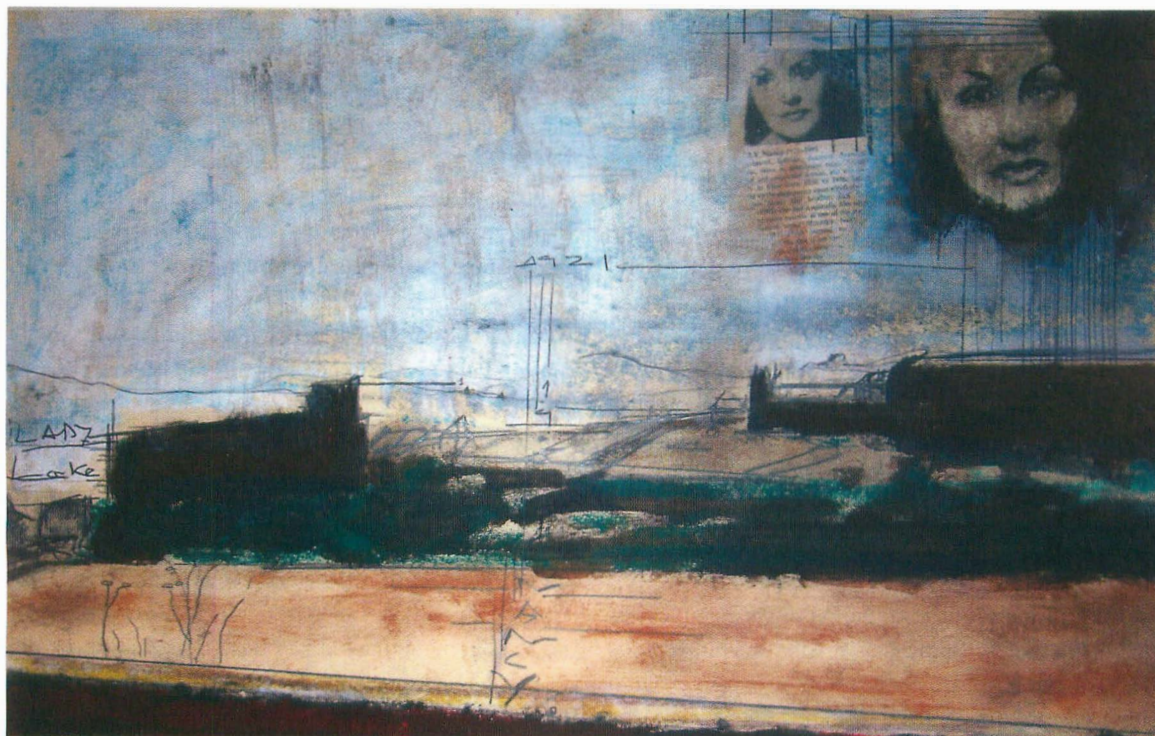
“Vamos a suponer que digo verano escribo la palabra colibrí

la meto en un sobre y la llevo colina abajo hasta el buzón.

Cuando abras mi carta recordarás aquellos días y cuánto cuantísimo te quiero”.

–¿Quién te lo ha enviado? –me preguntan tres pares de ojos enormes a la vez, con revuelo.

Sonrío, su interés se ha trasladado hacia el autor de “algo” (todavía no sabemos qué) de contenido amoroso (¡sospechoso!) dirigido ¿a su madre? Los suspicaces guardianes que me custodian en verano dan por supuesto que su padre no hace estas cosas. A pesar de su consternación, los veo receptivos, quizá



© Manuel Jiménez Díaz

por curiosidad. Aprovecho para saber qué opinan: eso no es... eso no es...

El mayor dice: "Eso es Otra Cosa", y tiene razón... Corto, sin rima, no es exagerado, son palabras normales... Parecen desconcertados... Le faltan "circunstancias" para ser un cuento... tiene el aspecto pero no el estilo de una poesía... Para mí, admirable: muy pocas palabras tan elásticas como para abarcar una suposición, una acción, un recuerdo y un sentimiento. Por si fuera poco, salta del presente al futuro y llega al pasado. Ellos se quedan tranquilos, rumian o saborean, no lo sé: verano... colibrí... te quiero.

Un poema se ha realizado y nos ha llevado de la curiosidad a la perplejidad y de ahí a la reflexión, de manera natural, por la mañana, tan cotidiano como un "Buenos días".

Hace un montón de años, yo también me encontré con "Esto es Otra Cosa". Como no recuerdo las circunstancias y tiendo a pensar que en ocasiones es el propio libro el que te elige a ti, pongamos que fue una aparición fortuita. Lo que es seguro es que el título fue el señuelo. Un saludo a un sentimiento, o ¿era a una persona? En cualquier caso, chocante, distinto. Impaciente, leí el final:

"Entonces, algo sube por mi interior y lo recibo llamándolo por su nombre con ojos cerrados: Buenos días, Tristeza".

No aclaré la duda. Interior sugiere sentimiento. Tristeza. ¿Por qué está escrito con mayúscula? Es una persona. O ¿son las dos cosas? De esta forma empecé a leer *Buenos días, tristeza* como es debido y encontré la respuesta justo al principio:

"A ese sentimiento desconocido cuyo tedio, cuya dulzura me obsesionan, dudo en darle el nombre, el hermoso y grave nombre de tristeza [...]. Hoy, algo me envuelve como una seda, inquietante y dulce, separándome de los demás".

Zas pum. Varias veces leí la novela de Françoise Sagan y sentí que alguien me lo estaba contando a mí, casi cantando. Tuve la conciencia de estar sola recreándome en unas palabras y esas palabras me producían una sensación muy parecida a una música suave y triste pero placentera; el color que le podemos poner es naturalmente azul.

Tratar de desvelar todos los resortes de un éxtasis infantil, completamente consciente, es complicado, quizás porque es íntimo, quizás porque no haga falta, quizás porque está relacionado con todo: con una canción, con un sabor, chocolate amargo, claro; con un olor, gasolina, claro.

Todo un salto desde aquellos clásicos juveniles con ilustraciones estáticas y mucha acción, en los que los personajes no tenían tiempo para pensar o sentir, ya que no paraban de tener aventuras. Más tranquilos eran los libros de Cobertizos y Jengibre

que leía ávidamente sin saber qué significaban estas palabras y sin que esto importase. Exceptuando el contenido, lo que ahora se etiqueta como "fascinante" yo lo llamaba Jengibre y Cobertizos: pero es lo mismo, libros que los niños identifican como libros de niños, con buenos de comportamiento predecible y malos, más entretenidos, dirigidos por "otros", el autor y la abstracta fuerza del mal. Bastante irreales todos. De los primeros me divertía la rápida narración y las inquietantes ilustraciones. Me entretenía estudiando su concordancia. En los segundos, disfrutaba descubriendo las curiosas costumbres alimenticias de los niños extranjeros: sándwich a todas horas y mezclas asombrosas de mantequilla de cacahuete, cordero, cebolla... Nada deliciosos (los alimentos, no los libros).

Zas pum. Fue el tono confiado y triste, pero sereno, con el que Cécile, la protagonista de *Buenos días, tristeza* inicia su relato, que me arrastró, y ya no por curiosidad, a leerlo entero. Las sensaciones que me producía eran ambiguas. Admiración y sorpresa por la sinceridad que se percibe en la descripción de un carácter, el suyo, en el que cabe egoísmo, indolencia, pereza, encanto, gracia, determinación, frivolidad... Resultaba verídico el paso arbitrario y rápido de unos sentimientos y estados de ánimo a otros. Notaba que se trataba de una persona real. El rechazo vino de identificar en mí esos rasgos y admirarlos, por lo menos en la forma en que estaban narrados, sabiendo que debía hacer lo contrario.

La peculiar relación con su padre y la precocidad de sus hábitos no me escandalizaron. Formaba parte de mi interés por el libro y se excusaban, por la gracia natural de Cécile, por su inconsciencia y obviamente por la ausencia de una madre.

Anne, el personaje menos atractivo inicialmente, desencadena su propia tragedia al perturbar las disipadas costumbres familiares. Obliga a Cécile a estudiar. Le provee del tiempo de soledad que aprovecha la joven para esbozar una trama dañina, destinada precisamente a la única persona que le puede ayudar. Aquí me paraba, indignada, y dialogaba con Cécile. Trataba de convencerla, ya que ella misma era la autora, para que se concediese un final feliz ¡No seas araña y mosca! Así que la serena Anne había conseguido atraparnos a las dos. La crueldad meditada con la que perfecciona el plan para desembarazarse de Anne, y sobre todo el regocijo que siente mientras lo hace, me produjo repulsa. Las gotas de remordimiento, no suavizan su implacable determinación para llevarlo a la práctica. Los niños conocemos la crueldad, no sé si la maquinación ¿La descubrí en el libro? No lo creo. Me angustió verlo escrito y narrado en primera persona, me hacía sentir cómplice de Cécile que, a estas alturas, era prácticamente real. Sólo al



final de la lectura percibí algo de engaño. Cécile fue siempre triste. Ni en sus días de frivolidad despreocupada me contagié alegría, como mucho el interés.

Al releer *Buenos días, tristeza* no he encontrado todas estas sensaciones, pero me sigue admirando el inicio y el estilo elegante, directo y escueto. Sobre todo, lo que no dice. Posee la habilidad de parar en el punto preciso. Da la impresión de que Sagan midió el impacto necesario para alcanzar la clase de celebridad que deseaba. Todo un mérito para una autora tan joven, ya que, precisamente por ello, le sería difícil distinguirse de su personaje.

Fue el primer libro que me dejó vacía al acabarlo y con la necesidad de encontrar algo que me trastocase de la misma forma. Me puso en el camino de la poesía. Sentí la satisfacción de leer algo que no me correspondía por edad y educación, pero que en ningún momento fue un esfuerzo, sino una aventura. Posiblemente, a partir de *Buenos días, tristeza* adquirí el hábito de buscar libros, con el que disfruto casi tanto como con la lectura, de lo que dudo es de su influencia en mi desordenada pasión por ella. Me da la sensación de que la hubiese tenido igual.

Dejo a Tristeza charlando con su amiga y aterrizo. Y ya que los niños aparecen, releo Colibrí, esta vez muy despacio y entonado. Les miro seria y vuelvo a

reclamar su opinión. Me responden también muy serios:

“Está diciendo a alguien que le quiere”.

“Muy chulo”.

“Una manera muy original de expresar sus sentimientos. Debe de querer mucho a esa persona porque ha tenido que pensar muchísimo para que quede tan bien”.

(Transcripción por orden de edades, ya sabemos de qué pie cojea cada uno, sobre todo el que no para de cantar “Zapatillas”).

Me sorprende el cambio en su apreciación. Claro que en estos días hemos tenido a un caracol viajero enviando cartas a su desolado dueño, el pequeño de la familia. El caracol siempre agradece la libertad que le otorgó al soltarle, esto es lo que más conmueve al niño, que repite orgulloso: “Gracias, ha dicho gracias”.

Se las traspaso al señor Kafka por darnos la idea y a los niños que la han puesto en práctica y que, afortunadamente, no ven muchas diferencias entre la vida y la literatura. ☺

**Rut Lloret del Blanco**

Economista, consultora especialista en energía y medio ambiente y lectora exigente de literatura infantil y juvenil.

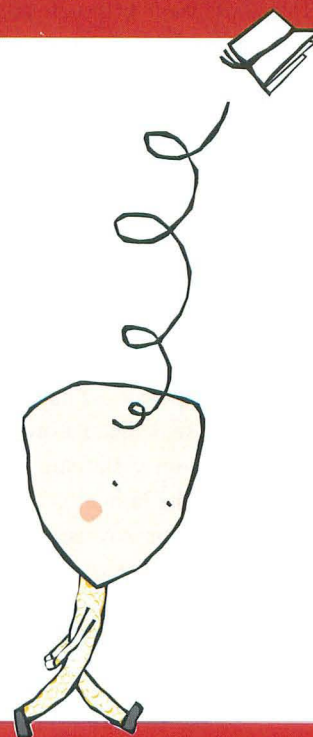
# Las cosas grandes no siempre son grandes cosas.

Proyectos de lectura  
Creación de exposiciones  
Programas participativos  
Selecciones de libros de literatura infantil  
Formación para mediadores



Gestión Cultural

[www.amanocultura.com](http://www.amanocultura.com)



Cultura a la medida de todos